



Adoración Alvarez Rojo, 70 años.
Yurena Mederos Gil, 21 años.

Una abuela de siete años

Era una niña dulce, inocente, ajena a todos los azares de la vida. A sus espaldas solo siete años vividos. Solo era una niña, pero lo suficientemente madura para saber ver en los ojos de una vagabunda la necesidad de llevarse algo a la boca. Sin saber bien por qué, todas las tardes emprendía el mismo recorrido, la misma senda que la llevaba como una especie de auto reflejo a depositar su pequeña merienda en las manos de aquella vieja vagabunda que le aguardaba, fiel a su sita, día tras día, en la Plaza de Las Salesas, junto a la Iglesia de Santa Bárbara. Una plaza que recogía todas las tardes a decenas de niños montados en sus bicicletas, con el único fin de pasar unas horas de juego con sus amigos. Adoración, que así era como se llamaba esa niña, no era conciente de lo que hacía, pero sabía que no podía estar haciendo algo malo. Su madre, ajena a este pequeño gran acto de bondad debió de sentir una gran alegría al enterarse; como quien es despertado por el dulce cantar de los pájaros después de un duro invierno. De aquí en adelante no prepararía para su hija una única merienda, de aquí en adelante lo haría por partida doble.

Compartir, qué es compartir. Compartir es la mejor música en la partitura de la vida. Sin compartir serás un eterno desafinado en el inmenso coro de la humanidad. Compartir ilusión, amor, cosas materiales... El mundo está lleno de pequeños placeres que nos invitan a compartir con el que está al lado, sin importar la edad, el color de piel, el sexo, su clase social, su nombre... todo pierde importancia porque nos invade el deseo de compartir. Quién no ha sentido esa necesidad. Una necesidad disfrazada de pequeña alegría porque no sólo debemos esperar en esta vida la gran felicidad, sino disfrutar de los pequeños placeres que nos invita la vida.
" ...Una vela no pierde su luz por compartirla con otra..."

Lo importante de la vida

"El destino reparte las cartas pero somos nosotros quienes las jugamos". Puede que Adoración la mejor forma que encontró de jugar a las cartas que el destino le deparó fuera al lado de sus padres, puesto que nunca se casó y siempre estuvo a su lado, o quizás no, pero lo cierto es que nunca añoró el matrimonio, incluso hoy día sola la idea de casarse la ruboriza.

El paso de los años solo es visible en su rostro; su vitalidad, energía y dulcera parecen seguir siendo la de una niña de siete años. Como un clavo que se aferra a la vida con el único propósito de vivirla y no dejar que la vida la viva a ella.

Ahora vive sola, aunque no estoy segura de ello, creo que sus padres siguen entre ella porque mientras que su recuerdo permanezca en ella no la habrán abandonado. Pero si algo ha aprendido en esta vida es que solo puede ser vivida mirando hacia delante y con ganas. Ganas de aprender, de conocer, de marcar nuevas sendas en la vida y no permanecer anclados en el recuerdo. La vida está llena de murallas. Murallas que debemos vencer sin temor a la caída.

En esta vida el sentirse querido es importante porque podemos dar mucho amor pero también debemos recibir porque sino el sentido de la vida pierde su razón. Yo creo que Adoración se siente querida, o por lo menos debería. Querida por todo el que la conoce un poco, por los que todavía están entre ella y por los que ya no están. Cómo



puede alguien ignorar o pasar desapercibido ante la tranquilidad y dulzura que emana esta mujer.

